

MÁS ALLÁ DE LAS PREGUNTAS

SOFÍA TINAJERO ROMERO

- Estudiante de la Maestría en Estudios de la Cultura, con mención en Comunicación, de la UASB-E. Comunicadora, con mención en Periodismo para Radio, Prensa y Televisión, por la PUCE.

Correo electrónico: <stecuador@yahoo.es>.

▪ **Resumen**

El testimonio es uno de los géneros periodísticos que más se acercan a la vida de la cotidianidad, a las historias de vida de personas.

Ello lo convierte en un terreno delicado, donde es necesaria una sensibilidad distinta. Finalmente, se corre el riesgo de transgredir espacios privados, personales. Generalmente se cuentan historias de tragedia humana. También hay el riesgo de caer en el sensacionalismo. ¿Cómo encontrar un equilibrio?

- **Palabras clave:** testimonio, sensibilidad, tragedia, historia de vida, comunión.

Los periodistas somos seres humanos que nos relacionamos con otros seres humanos. Quizás en ciertos momentos se olvida esto, porque, de acuerdo a cada época y cada coyuntura, los periodistas hemos sido vistos como los entes a quienes se puede acudir para denunciar, o quienes pueden ayudar a encontrar a desaparecidos, o quienes pueden proporcionar información sobre desastres naturales. Pero también quienes son una piedra en el zapato para el poder.

Pero hay una rama del periodismo que me parece sumamente enriquecedora. Quienes cubrimos las secciones de sociedad, nos enfocamos en los temas que atañen a los ciudadanos comunes de toda clase social y toda condición. Por ejemplo, vemos qué ocurre con ellos cuando cambia una política pública. En esos casos, buscamos a personas que nos cuenten su historia personal.

Estas personas abren las puertas de sus casas, para recibirnos y contarnos sus historias. Y entonces, podemos comprender cómo una medida afecta en concreto a las personas. Nuestro interés ya no se enfoca en los debates políticos, sino en aquellas vidas. Entonces se dan encuentros de seres humanos con otros seres humanos.

Pero es importante señalar que se dan dos situaciones paralelas en esta búsqueda de voces del pueblo o testimonios. Por un lado está el interés del periodista y del medio de comunicación de mostrar realidades humanas. Pero por otro lado, los periodistas nos sentimos presionados por el medio donde trabajamos porque tenemos hora de regreso con información en la mano. Y, en algunos casos, con un pedido minucioso de lo que se necesita para la nota. Llevados por esa presión podemos olvidar que estamos frente a una persona, a una historia humana y, de hecho, hacer que no caigamos en cuenta de la invasión o transgresión que podamos provocar en esa persona que nos abre sus puertas.

Por ejemplo, mientras transcurre la entrevista, los periodistas tomamos nota de la historia, al tiempo que nuestro celular timbra. Incluso, algún periodista pudiera revisar el Twitter de manera disimulada. Finalmente, tiene la tranquilidad de que la grabadora o la cámara están registrando el testimonio. La salida de quienes hacen eso es simplista: luego se edita y se pasa al aire o se publica en el periódico solo un fragmento, para qué más.

Pero, ¿cómo se siente la persona entrevistada? Finalmente es quien está inmersa en una situación difícil y lastimera y accede a compartirla con el periodista. No podemos ver a nuestros entrevistados como fuentes inagotables de datos que nos permiten cumplir con el pedido de nuestros editores. Llegamos, entrevistamos, y nos vamos. Pero la persona se queda con su emocionalidad removida.

Por ello, es necesario replantear la manera de hacer periodismo, sobre todo cuando involucramos vidas humanas. En este caso, repensar el periodismo implica humanizarlo, volverlo más sensible. Dejar a un lado el celular para escuchar, oír, ver y mirar a la persona que nos recibe.

Una manera de hacerlo es apoyarse en nociones que miren la sensibilidad en la comunicación, ya que además de ser periodistas, somos comunicadores. Enfoques como los que propone el pensador francés David Le Breton pueden resultar útiles para abrir una ventana a la sensibilidad. En su texto *El sabor del mundo* se muestra crítico ante el planteamiento de Descartes “pienso, luego existo”, ya que esta afirmación dice que la atribución de poder pensar me hace humano. Porque pienso existo como un ser humano. Eso indica que también hay supremacía del pensamiento por sobre las sensaciones. Y eso es lo que puede estar ocurriendo con el periodismo: pensar sin sentir.

Le Breton plantea una ruptura: lo que nos permite existir, dice, son las sensaciones. Aquellas sensaciones que nos llevan a relacionarnos con el mundo y aprehenderlo. Este paradigma nos permite entender con mayor claridad cómo la sensorialidad se vuelve indispensable para relacionarse con el exterior, con las demás personas. En este caso, con nuestros entrevistados.

Así, nos damos cuenta de que el modelo de emisor, mensaje, receptor resulta demasiado lineal como para lograr un giro en la práctica periodística, ya que supondría enfocarse únicamente en la transmisión de información y datos.

La entrevista testimonial no puede caer en esta concepción de una mera recopilación de datos. Resulta necesario entablar una comunicación humana y sensible. Le Breton explica en su libro que “la antropología de los sentidos se apoya en la idea de que las percepciones sensoriales no surgen solo de una fisiología, sino ante todo de una orientación cul-

tural que deja un margen a la sensibilidad individual” (2009, 13).

Eso nos da a entender la importancia de aprender a captar las sensaciones de quien nos habla, porque nos transmiten la esencia de su cultura. Incluso, a decir del mismo autor, experimentar el mundo implica percibirlo con su estilo propio, porque, dice, “toda percepción es una comunicación o una comunión” (2009, 14).

En realidad, pienso que como periodistas debemos buscar esa comunión con nuestro entrevistado, pensando en quienes nos dan su testimonio, su historia personal. Esto no se aplicaría a una entrevista sobre, por ejemplo, un tema macroeconómico con un experto. Ahí no se involucran emocionalidades; es un tema puntual e impersonal.

Pero cuando se trata de una entrevista de índole personal tenemos que encontrar esta comunión. Eso quiere decir que nosotros como periodistas necesitaremos asirnos de herramientas que nos permitan establecer este vínculo.

Si yo, como periodista puedo percibir el estado de ánimo y los sentimientos de la persona a la que entrevisto, puedo comprender mejor su historia y su situación. Y no solo sus palabras. Así, en mi reportaje podré plasmar mejor su historia, que solo al atender únicamente a sus palabras.

Como resultado podría ser un testimonio que muestre una realidad consistente y no solo una frase entrecortada de una persona para reafirmar la noticia que se explica en una nota. Pero además de eso, creo que debemos regresar a la relación de un humano con otro ser humano.

Aquí cito una situación que viví y presencié. El gobierno había anunciado una revisión del uso adecuado del bono de desarrollo. Y organizó visitas a beneficiarios para evaluar si se mantenía el bono o se les retiraba.

Con el afán de que los medios pudiéramos conocer a beneficiarios y tomar su testimonio, la entidad a cargo organizó un recorrido. Entramos en una casa bastante humilde en un barrio de Quito. En la pequeña salita estaba la señora, que salía de la cocina. De pronto, su casa se vio inundada de alrededor de ocho cámaras con sus respectivos trípodes, los fotógrafos disparando el flash y los periodistas con grabadoras. Una de las autoridades se paró junto a la señora.

Las preguntas empezaron: ¿señora, a usted le sirve el bono?, ¿le alcanza?, ¿qué piensa hacer si le quitan el bono?, ¿cómo utiliza su bono?, ¿cuéntenos de su familia, cuántos hijos tiene?...

La señora hacía lo que podía para responder la lluvia de preguntas al tiempo que soportaba los flashes y el miedo a las cámaras. Aunque yo también formulé algunas preguntas, me sentí incómoda. Me pregunté cómo realmente se habrá sentido la señora. Y cuál fue la repercusión. Repercusión en dos sentidos. La pública, en los noticieros y periódicos. Y la segunda: ¿qué pasó con la emocionalidad de la señora?

Es decir, nosotros fuimos, invadimos, preguntamos y nos fuimos. Entregamos nuestra nota a nuestros jefes y nos olvidamos. ¿Pero cómo quedó la señora?

Distinto hubiera sido si hubiéramos podido concertar una cita exclusiva: un solo medio. Entonces sí entablar una conversación. Dejar que la señora relate su historia sin presión; que cuente de manera espontánea. Y uno, simplemente hacer comentarios que permitan puntuar el diálogo y que la señora pueda desenvolverse.

Pero en esto también debe haber tino. ¿Hasta dónde preguntar?, ¿cómo preguntar? Quizás nos sean útiles las pautas que nos deja Carlos Gurméndez, en su libro *Teoría de los sentimientos*. El autor dice que “el estado natural de los sentimientos es un equilibrio inestable de los afectos, pues no somos insensibles a nuestro entorno” (1993, 101).

¿Cuál es el entorno en este caso? En realidad no hay uno solo. Para la señora, es su casa, su situación económica, el anuncio del gobierno. Además, la presencia de un periodista que le hace preguntas. O, tal como ocurrió, la invasión de varios periodistas y aparatos tecnológicos y autoridades en su casa.

Bien pudiera sentir angustia, miedo, tristeza, dolor... Sentimientos que responden a ese contexto. Pero cómo poder establecer las diferencias y matices de los sentimientos, tal como lo hace Gurméndez. La señora puede sentir dolor, o tristeza o aflicción.

Si bien, los periodistas no somos psicólogos ni estamos llamados a atender la emocionalidad de nuestros entrevistados, pero acercarnos desde la sensibilidad nos permite tender un puente más de comunión que de comunicación; más de comunión, que de transmisión de datos e información.

Por ejemplo, utilizar estas nociones nos permite agudizar el tino con que preguntamos las cosas; nos ayuda a evitar transgredir terrenos muy sensibles. Podemos comprender por qué la persona interrumpe su respuesta por el llanto. Nos da luces para aceptar cuándo llega el momento adecuado de finalizar la entrevista. Agradecer. Así, podemos remover lo menos posible su emocionalidad. Y agradecer por haber concedido la entrevista.

Sin embargo, aquí hay un peligro. Habría el riesgo de que se utilice este tipo de acercamiento de manera deliberada para manipular a las personas y hacerlas decir algo que corrobore una intencionalidad del medio. Por ejemplo, un medio podría manipular a la señora para que hable bien o mal del gobierno y así sacar al aire una noticia tendenciosa.

Por otro lado, al recordar que los periodistas también somos seres humanos, también somos personas con sentimientos. ¿Pueden nuestros sentimientos, nuestro estado de ánimo afectar en el desenvolvimiento de una entrevista testimonial?

Por ejemplo, si tenemos ira contra el gobierno (sentimiento del cual no habla Gurméndez), podemos afectar la entrevista al direccionarla. También puede ocurrir que por una situación personal el periodista esté triste: su energía es baja. Puede que ni él mismo pueda diferenciar si es tristeza, congoja o melancolía. Puede pensar que es dolor, pero la intensidad de su sentimiento es tan fuerte que más bien es una congoja.

O puede que esté triste. Tal como Gurméndez dice, la tristeza deja en postración a la persona, sin ánimo de vivir. En un estado así, el periodista se acerca a hacer una entrevista de una tragedia humana. Como no tiene ánimo de vivir y se enfrenta a otra historia triste, podría suceder que no logre hacer una buena entrevista. Que no logre una empatía con su entrevistado.

Está claro que el resultado de su trabajo va a ser deficiente. Pero valdría preguntarse si en ese estado también pudiera afectar a la otra persona; en cierta manera llevarle también su tristeza.

También puede ocurrir a la inversa. Que el periodista quede afectado emocionalmente. Cuando trabajé varias historias de niños con cáncer hospitalizados en Solca, no pude evitar caer en depresión y llorar. Sobre todo cuando regresaba a visitar al niño que entrevisté,

para publicar una nota de seguimiento, pero ya había muerto.

Siempre se dice que el periodismo debe ser objetivo. Que el periodista no debe involucrarse con la fuente. Pero ¿cómo lograrlo cuando hay de por medio una vida humana? ¿Cómo lograrlo si al tiempo que el periodista constata una realidad ajena, en el fondo se está preguntando qué pasaría si eso le sucediera a él o a su familia?

En definitiva, cada tarea en el periodismo tiene su complejidad y requiere destrezas y habilidades. Pero una de las ramas más sensibles y delicadas está en la entrevista testimonial, porque es un encuentro de humanidades, sensibilidades, sentimientos.

Y el reto está en no caer en lo que el pensador Mario Perniola llama “lo ya sentido”. Este autor sostiene que “lo ya sentido guarda semejanza no solo con lo ya pensado, sino también con lo ya hecho” (2008, 32). Es decir, por un lado, realizar un trabajo mecánico, en el cual para el periodista todos los testimonios sean iguales. Y por lo tanto, emitir ese mismo mensaje a la audiencia: es la misma historia trágica que se ha leído, escuchado o visto por varias ocasiones. Esto lleva a que no se busque un elemento propio y distintivo de cada testimonio, de cada persona. Así, tal como dice Perniola, los medios “participan en una especie de carrera imparable cuyo fin es la difusión anticipada de lo ya sentido” (2008, 38).

Creo que el periodismo está vivo cuando muestra la vida de la gente común y no solo cuando da espacio a las rencillas entre políticos.

Le Breton, Gurméndez y Perniola marcan pautas para encontrar un equilibrio, para comprender pero, sobre todo, para sentir.

Referencias bibliográficas

- Gurméndez, Carlos. 1993. *Teoría de los sentimientos*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Le Breton, David. 2009. *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Perniola, Mario. 2008. *Del sentir*. Valencia: Pre-textos.